

La cárcel de los sueños/ José Antonio Rodríguez

Este desbordamiento hacia un dolido intimismo dramático poco se esperaba. O más bien, poco se dejaba ver. Vida Yovanovich ha sido una curadora emergente de fotografía con varios tropiezos y algunos aciertos. Con trabajos de claras tendencias feministas ya caducas, tiene en su haber curatorial exposiciones como *Pinta el Sol. 9 fotografías* (1989), *Mujer X mujer. 22 fotografías* (1989, una aceptable muestra que para ese año incluía una visión retrospectiva en donde los mismo aparecía la fotografía actuante de Laura González o Eugenia Vargas que las elaboraciones fantásticas de Katy Horna) y el caos sin pies ni cabeza que fue *Al filo del tiempo* (1992, en lo que no había una línea temática y sin más aparecía la sombra tutelar de Tina Modotti entre fotografías contemporáneas para después resultar que era un homenaje posmoderno a la Modotti).

Como fotógrafa Yovanovich había dejado ver un documentalismo algunas veces proletarista y otras de un delicado acercamiento a los universos femeninos (lo que exhibió precisamente en *Mujer x mujer*). Entre todo esto había exhibido y publicado de vez en vez (en *Pinta el Sol* y *Al filo del tiempo*, o en el irregular libro *Un día en la gran ciudad de México*) una imágenes que en sí mismas eran toda una narración, pero que cuando aparecían entre otras perdían su fuerza de doloroso sentido expresionista. Imágenes con una carga amorosa hacia el anciano sujeto fotografiado que eran sólo el preludeo a un registro límite de doliente soledad.

Ahora lo sabemos. Estas fotografías pertenecen a un desgarrador ensayo visual realizado por Yovanovich en un asilo de ancianos y titulado en justa medida *La cárcel de los sueños*. Una secuencia de imágenes angustiantes que no pierden su elocuencia esteticista sino que se valen de ésta para exhibir sugerentes historias individuales de la decadencia que asumen su natural olvido. Una serie narrativa que vuelve a demostrar que la vejez, como diría Beauvoir, no es sólo un hecho biológico sino un hecho cultural. Ese es el escenario opresivo al que asiste el espectador para ser golpeado en su memoria; un movimiento en *crescendo* que va de juguetona ternura a momentos pesadillezcos del último hábito. Ahí están, entonces, las ancianas que como única alternativa de compañía conviven con las palomas de asilo, muy lejos de los placeres solariegos del viejo “Henri Matisse” (1922) de Cartier- Bresson en donde las palomas son testigos de la plácida ancianidad; la vieja que duerme junto a sus recuerdos, la antigua foto de su matrimonio, en donde muestra su lejana hermosura; la mujer que en

su desfalleciente ancianidad mantiene ancianidad mantiene en su cabecera una reproducción de la *Mona Lisa*, en el exacto equilibrio irónico entre la mirada impasible y el dolor; o la lacerante decrepitud de las ancianas desnudas que son ayudadas a bañarse entre llantos de desesperación (entre ellas una obra maestra de la imagen salida de una cruel fantasía: la vieja desnuda que sentada se recorta en el quicio de una puerta con un fondo de luz desde atrás y junto a una lisa pared de azulejos).

Este micro universo va siendo registrado por Vida Yovanovich desde una mirada que asume el despojo y que como tal lo describe (el humilde ambiente cotidiano en el también decrepito asilo). La vejez es aquí, por eso, un temido refugio en donde la muerte pareciera proponer una mejor opción.

La cárcel de los sueños se exhibe hasta el 13 de junio en el Centro Cultural San Ángel.

RODRÍGUEZ, José Antonio. “La cárcel de los sueños”, *El financiero*.